

# Ética, Moral y Desarrollo humano

Prof. Dr. Carlos Garay



## RESUMEN DE LA CHARLA DEL 15 DE MARZO DE 2016

1. Todos tenemos una moral. Es el conjunto de hábitos, costumbres y maneras de obrar originadas a nivel personal, familiar, comunitario y ancestral. La moral es parte de la cultura a la que pertenecemos. Normalmente no nos percatamos de ello. Salen a la luz en casos de conflicto, ya sea porque sentimos que nos perjudican, o porque otros se sienten perjudicados. En esa clase de casos, podemos preguntarnos si el hábito en cuestión es bueno o malo. Si no hubiera conflicto, la pregunta no surge. Algo similar ocurre con lo justo y con lo injusto. Es la identificación de un acto, o de una costumbre, como injusta, la que dispara la pregunta sobre la justicia. Nos preguntamos por lo bueno, lo malo, lo justo y lo injusto porque hay conflicto, porque hay puntos de vista distintos y opuestos.
2. La reflexión sobre la moralidad de una persona, una familia, una empresa, una comunidad o una tradición, origina la Ética. La Ética es, pues, una reflexión sobre costumbres en conflicto. Tradicionalmente, el estudio y descripción de las diferentes moralidades estuvo en manos de los antropólogos, mientras que la reflexión sobre la legitimidad de una moral en particular estuvo en manos de filósofos.
3. El bien y el mal. El mal nos persigue desde afuera y nosotros tratamos de esquivarlo. Buscamos encontrarnos con el bien. Anhelamos el bien nuestro, el de nuestra familia, el de nuestro país y del mundo en general. Rechazamos el mal. No lo queremos. Estamos convencidos de que lo ideal sería eliminarlo. Pero sabemos que muchas veces esto es imposible. El mal se nos impone, se mete en nuestras vidas, en nuestras casas. Nos invade, se apodera de nosotros sin que podamos evitarlo. El mal es multiforme: a veces adopta la forma de enfermedad, otras la de pérdida, otras la de desgracia y, muchas veces, toma la forma de injusticia. El mal circula y acecha constantemente. El mal abunda, mientras que el bien escasea.
4. **Sobre la distinción entre hechos y valores.** Un león se come a un ciervito. El hecho es que se lo comió. Sin embargo, parece que podemos interpretar ese hecho de diferentes maneras. Para algunos puede ser un acto de crueldad de parte del león, mientras que para otros, el león no fue cruel porque si no se lo comía, él se hubiera muerto de hambre. ¿Quién tiene “razón”? Los hechos ocurrieron o no ocurrieron, son categóricos. Los hechos no ocurren “un poco”. Ocurren o no ocurren. El león se comió el ciervito o no se lo comió. Por supuesto, hay cierta vaguedad: si sólo le dio algunos mordiscos, no diremos que se lo comió. Pero con que lo haya matado será suficiente para que existan diferencias en la **valoración** del hecho. Una idea muy difundida, aún en la actualidad, es que esta distinción es legítima. Por un lado, están los hechos cuya determinación sobre si ocurrieron o no ocurrieron corresponde a la Ciencia, y por otro lado están las valoraciones de esos hechos, cuya legitimidad no puede ser establecida por la Ciencia, sino que es necesaria otra instancia: un acuerdo comunitario, un juez imparcial divino o humano con poderes especiales, o una decisión de algún tipo. La Ciencia nos dice si el león se comió al ciervito o si no se lo comió. Para la Ciencia, el hecho en sí mismo, no es ni bueno ni malo. Es un hecho. Aristóteles decía: “las bestias no tienen vicio ni virtud” ¿Cómo sabemos si es bueno o malo? Veremos. Lo que es seguro es que la Ciencia se lava las manos con respecto al asunto. El científico, sobre todo el científico positivista,

dice: yo invento el cuchillo. La gente lo usará bien o mal. Lo usará para pelar una manzana o para acuchillar a alguien. Determinar si el uso del cuchillo, o la deglución del ciervito, es algo bueno o algo malo, no corresponde al científico. Hoy pondremos estas afirmaciones en grave cuestión.

5. **El deber y la obligación.** Han existido, desde muy antiguo, listas de deberes. Eran útiles porque, frente a un conflicto, o incluso una duda, podíamos contar con una referencia común que nos ayudara a decidir. Las solemos llamar “leyes” o “códigos”. Si por cualquier motivo se pone en cuestión el obrar de una persona o un grupo, se puede acudir a las leyes, las cuales funcionan como principios generales que sirven para decidir la aprobación o reprobación de ese obrar. Pero estas leyes son radicalmente diferentes de las leyes científicas. Las leyes científicas no admiten excepciones. Es físicamente imposible hacer que un río fluya hacia el pico de una montaña, o que un imán no atraiga los metales. En cambio, las leyes que nos obligan a hacer o dejar de hacer algo, pueden violarse. Las reflexiones sobre los códigos de comportamiento constituyen la parte de la Ética conocida bajo el nombre de **Deontología**. Aún hoy existen códigos de ética profesional en la Medicina, el Periodismo, el Deporte y en muchas otras disciplinas. Hay una relación importante entre la vigencia de estos códigos y la **predictibilidad** del comportamiento humano. Necesitamos confiar en la manera de obrar de los demás. Necesitamos saber qué es lo que hará el otro en determinadas circunstancias. Vivimos como peligroso que alguien “no tenga códigos”, porque no sabemos qué esperar de él. Otra vez, encontramos códigos que se contraponen y se enfrentan entre sí. ¿Cómo decidir a cuál código debemos atenernos? Dos cuestiones diferentes: ¿cuál código es legítimo? y ¿cómo asegurarnos de su cumplimiento?
6. **La “falacia” naturalista.** Consiste en la afirmación de que no es legítimo inferir un enunciado del tipo “debe hacerse esto o aquello” o “esto es bueno o malo” a partir de premisas de hecho. A partir del hecho de que el león se comió al ciervito, no podemos inferir si el león hizo bien o mal, si debió comérselo o si debió perdonarle la vida a costa de la propia. El hecho en sí no nos dice nada con respecto a eso. Esta idea profundiza la división entre el conocimiento científico y el conocimiento moral. Voy a sostener en esta charla que esta postura es signo de psicopatía. Significa colocar a un lado los sentimientos y emociones más propios del ser humano. El científico que adopta esta postura se esfuerza en separar los hechos objetivos de sus sentimientos subjetivos. Será muy importante para nosotros señalar y subrayar que la experiencia humana incluye la experiencia moral y que no sólo es posible, sino que es necesario aprender de la experiencia.
7. **Universal y particular, objetivo y subjetivo.** Parece, pues, que mundo hay uno solo y personas hay muchas. La unidad y, sobre todo, la independencia del mundo con respecto a la diversidad de personas y comunidades humanas podría servir de argumento a favor de la búsqueda de una instancia no científica, sino psicológica, social o política para la legitimación de un código de conducta. En las discusiones éticas se ha buscado algún principio, o conjunto de principios, que permitan justificar la adopción de un código común para toda la humanidad. Son las llamadas Éticas universalistas. Por ejemplo, todos nosotros creemos en la universalidad de los derechos humanos. No hay nada, ninguna instancia humana ni divina, que pueda justificar la violación de esos derechos. Esto nos obliga a repudiar, por ejemplo, la esclavitud o las masacres de inocentes debidas a guerras, conquistas y revoluciones. Porque, aunque parezca raro, se han cometido muchísimos crímenes en nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Se contrapone, pues, el bien general al bien particular. Con toda certeza, el

bien general no es la suma o agregado de los bienes particulares. El bien general siempre ha requerido de sacrificios particulares. Sobre todo si el sacrificio lo hace otro.

8. **Bienes y fines.** Según la tradición, podríamos establecer algún principio universal que nos permita distinguir entre el bien y el mal si prestamos atención a las consecuencias de nuestros actos. Siguiendo con la dicotomía antes apuntada entre hechos y valores, aquí encontramos nuevamente una división. **Éticas no naturalistas:** Un acto o una costumbre es buena si sus consecuencias son buenas. En este caso, no salimos del ámbito de las valoraciones, pero no nos quedamos en la evaluación del acto en sí, sino que miramos sus consecuencias. Una manera de presentarlo podría ser: un acto o una costumbre no es ni buena ni mala en sí misma, sino que se convierte en buena o mala según si sus consecuencias son buenas o malas, respectivamente. **Éticas naturalistas:** Desde otro punto de vista, un acto o una costumbre es buena o mala dependiendo de si sus consecuencias son útiles, o son conducentes a algún fin deseado como el placer, la riqueza, la felicidad o la satisfacción de necesidades. En este caso no decimos que las consecuencias son buenas o malas, sino que las consecuencias son hechos que podrían establecerse científicamente.
9. **La felicidad o la buena vida.** Aristóteles sostenía que el bien supremo al que tiende todo ser humano es la felicidad, o la buena vida. No se trata de la alegría, de pasarla bien ni de disfrutar de placeres. La palabra que él usaba era “*eudaimonía*”, algo así como “tener un buen *daimon*”, un buen destino, una buena fortuna. En la vida nos suceden cosas imprevistas, que no dependen de nosotros. Algunas nos hacen bien, y otras nos dañan. Lo importante para tener una buena vida, para alcanzar la *eudaimonía*, no es tanto qué nos pase, si no qué hacemos con ello. A la *eudaimonía* se llega mediante la práctica de la virtud (*areté*). Y la virtud es un término medio entre extremos. Por ejemplo, tendemos hacia la *eudaimonía* si practicamos la generosidad. La generosidad es un punto medio entre la avaricia y el despilfarro. Pero no es un punto medio fijo, igual para todo el mundo, sino relativo, en este ejemplo, relativo a la cantidad de riquezas que uno dispone: regalar un auto es un despilfarro para un pobre, pero un acto de avaricia para un multimillonario. El punto medio virtuoso varía de persona en persona y también varía en diferentes momentos de la vida y también según las circunstancias. De allí que llevar una vida virtuosa no es lo mismo para todo el mundo, y ni siquiera es lo mismo para la misma persona en diferentes momentos de su vida. Él llama “prudente” (*frónimos*) a la persona que logra vivir de acuerdo con la virtud. El *frónimos* es aquel que sabe lo que le conviene. El que saber hacer lo que es adecuado en el momento en que es adecuado y con la intensidad adecuada. No es bueno el que no se enoja nunca. Hay circunstancias que exigen el enojo. Lo difícil es enojarse en el momento adecuado, de la manera adecuada, con la persona adecuada y durante el tiempo apropiado. Cualquiera es amigo de otro. El tema es hasta dónde llega la amistad. Lo mismo vale para el amor, la lealtad, la comida, el sexo, etc. La adecuación de nuestras obras depende de nuestra circunstancia, incluyendo la comunidad en la que vivimos y los tiempos que corren. **Un punto muy importante:** según Aristóteles, sólo podemos decir de alguien que es feliz cuando está ya muerto. La vida de una persona comienza cuando nace y termina cuando muere. La felicidad es un equilibrio tan frágil que no podemos saber si la hemos obtenido sino cuando ya no podemos arruinarlo. No sabemos si una fiesta ha sido exitosa sino cuando terminó. Antes de que termine siempre puede pasar algo que la convierta en un desastre. Una sola gota de tinta basta para echar a perder una camisa blanca. **Otro punto a considerar:** Aristóteles aplicaba sus ideas éticas a los ciudadanos griegos. Sólo ellos podían ser virtuosos y felices. Excluía a las mujeres, los niños, los esclavos, los bárbaros (no griegos) y, por supuesto, a los animales.

10. **Libertad, fatalismo y determinismo.** Si usted ha sido educado en el marco de un riguroso fatalismo, no creerá que es libre, sino que la deidad ya ha determinado su destino y no hay nada que pueda hacer con eso. Los contrafácticos ya no son posibles. No podrá decir "si hubiera hecho otra cosa los resultados habrían sido diferentes". Ese enunciado no tendría sentido para usted. Quizás tendría sentido "Si Dios hubiera ordenado que hiciera otra cosa, los resultados hubieran sido diferentes". Pero en ese caso se supone que Dios es libre. Lo interesante del fatalismo es que no importa lo que digan los demás. No interesa si los demás dicen que usted podría haber actuado de otra manera. No importa, incluso, si lo juzgan bajo la premisa de que actuó libremente. Usted sabe que no era libre y que era imposible haber actuado de otra manera. Algo similar ocurre con cualquier determinista. El determinista sostiene que todo lo que ocurre está determinado por leyes, no divinas, sino de la naturaleza. A nadie le importa lo que usted crea. Aunque usted sea determinista, podría ser juzgado como si fuera libre. Se le atribuirán intenciones, deseos y acciones que suponen que podría no haberlos tenido o, al menos, que podría haber evitado algunas acciones. No podemos demostrar que el fatalista o el determinista están equivocados y nosotros no. Éstos enfrentarán las atribuciones externas de libertad como inevitables. Y no hay salida. Por otra parte, si usted cree en la libertad, asevera que, al menos en ciertas circunstancias, puede elegir entre diferentes opciones. Al menos en ciertos casos, no hay causas naturales ni divinas que puedan impedirle tomar una de dos opciones diferentes. Los contrafácticos tienen sentido: obré de esta manera, aunque podría haber actuado de otra. Si hubiera apostado una vez más, habría ganado. Nadie, que yo sepa, cree que ser libre es lo mismo que hacer lo que se quiere. Nadie puede hacer cualquier cosa que quiera, ni siquiera en la fantasía. Sin embargo, hay una concepción de libertad en la que uno es libre solamente cuando hace **lo que debe**. El malo es esclavo de sus vicios. El egoísta que se ocupa nada más que de sí mismo, lo único que hace es colaborar para el fracaso de todos. Uno es libre en la medida en la que se hace responsable de lo que hace ante los demás. Comportarse irresponsablemente no es ser libre, es ser una mala persona. En fin, para unos, el sujeto es libre, para otros, es inevitable que otros crean que el sujeto es libre. La discusión sobre si somos libres o no, tal como suele plantearse, no tiene salida.
11. **Bioéticas.** Lo dicho hasta ahora resume, muy torpemente por cierto, las preocupaciones de la Ética en el ámbito filosófico del siglo XX. Hablemos un poco ahora de las preocupaciones actuales. Usted sale a la noche con sus amigos. Bebe algunas copas de alcohol y comienza a mostrar algunos signos bastante predecibles. La voz se le vuelve pastosa, siente mareo, usted quiere dirigirse hacia un lado y las piernas le conducen hacia otro y comienza a decir cosas que nunca hubiera dicho si no fuera por el alcohol. Usted pierde, en cierta medida, el control de sus actos. Hasta es posible que pierda completamente el control de sus actos y, al día siguiente, ni siquiera recuerde lo que hizo. Sabemos que el alcohol modifica el funcionamiento de su cerebro. Y que las variaciones producidas por la ingesta de alcohol son la causa de las variaciones en su comportamiento y en su percepción. Sustancias como el alcohol, decimos, perjudican o inhiben el control que tenemos de nuestro comportamiento. Hay otras sustancias que producen un efecto contrario: mejoran nuestro control, nos permiten pensar más rápidamente, con mayor eficiencia, la percepción y la memoria mejoran notoriamente cualquier desempeño, ya sea físico o mental. Consideremos tres opciones: 1) Rechazar lo que perjudica nuestro comportamiento y nuestro juicio, mientras aceptamos aquello que lo mejora; 2) Aceptar tanto unas como otras; y 3) Rechazar ambas opciones, que es, en general, lo que sostiene la mayoría de la boca para afuera. El primer caso tiene

sentido bajo el supuesto que no haya ninguna secuela, o consecuencia a largo plazo, que signifique alguna pérdida. El segundo caso nos hace más ruido: ¿por qué aceptar aquello que puede causarnos daño a nosotros mismos y a otros? El tercer caso, rechazar ambas, supone que “lo mejor”, “lo bueno”, proviene de una persona en estado “normal”, sin agregados de ningún tipo. Deje aparte lo que sería la cuarta opción: aceptar lo que podría perjudicarnos y rechazar lo que podría mejorarnos. Racionalmente, no parece tener sentido, pues va en contra de los intereses personales y comunitarios. Sin embargo, es lo que, de hecho, hacemos al tolerar el consumo de alcohol y al horrorizarnos de elementos que, al interactuar con nuestro cerebro, lo mejoran. Digo “elementos” porque no hablo sólo de sustancias químicas, sino también de dispositivos “artificiales” ya sea genéticos o electrónicos que “mejoren” las funciones cerebrales. Veamos otro ejemplo: intervenir con artefactos que permitan a una persona recuperarse de una discapacidad es loable. Lo aprobamos sin pensarlo demasiado. Pero, ¿qué pasa cuando tenemos en cuenta la posibilidad de añadir capacidades a una persona “normal”, es decir, a una persona sin discapacidades? Los exoesqueletos parecen bien cuando se los utiliza para permitir que personas con cuadriplejía puedan caminar. ¿Pero cuando sirven para potenciar soldados? Volvemos al punto 3. El científico dice “yo invento el exoesqueleto, cómo se lo use es otro tema”. Yo insisto en que se trata del mismo tema. El conocimiento científico está íntimamente comprometido con el contexto histórico, social, cultural y político en el que se expresa. Las guerras, las ambiciones de supremacía, las conquistas, han sido el motor de numerosos descubrimientos e inventos. Menciono algunas preocupaciones de la Bioética: a) la posibilidad de conocer los pensamientos más íntimos de una persona, b) la de intervenir en su desarrollo y comportamiento, c) seleccionar características hereditarias, d) la clonación, e) la toma de decisiones, f) la culpabilidad y la responsabilidad, g) el libre albedrío, h) los zombies y los robots humanizados, i) los derechos de los animales y las plantas... en fin, sólo algunos.

12. **La dirección de la Ética contemporánea.** Hay tres descubrimientos científicos que inciden fuertemente en el pensamiento ético: **la plasticidad neuronal y cerebral, las neuronas espejo y la continuidad entre la moralidad animal y humana.** Muy brevemente, las neuronas intensifican, crean, debilitan o anulan conexiones permanentemente. Estas actividades dependen de muchísimos factores que actúan simultáneamente sobre la fisiología cerebral. Las señales que provienen de los sentidos internos y externos, los recursos tróficos disponibles, los procesos genéticos y, en general, las interacciones de todo tipo con el entorno natural y social provocan cambios en los circuitos neuronales. Todo este conjunto de cambios recibe el nombre de “**plasticidad neuronal**”. Las **neuronas espejo** fueron descubiertas en 1996 por un grupo liderado por Giacomo Rizzolatti en la corteza ventral premotora en macacos. Se sabía con anterioridad que estas neuronas participaban en la preparación e inicio de movimientos corporales. Lo nuevo consistió en advertir que estos grupos neuronales no sólo se activaban cuando el sujeto comete una acción, sino también cuando percibe que otro organismo la está realizando. Por ejemplo, cada vez que el macaco estiraba el brazo para alcanzar una manzana, se activaban ciertos sectores de la corteza premotora. Y el mismo conjunto de neuronas también se activaba cuando el macaco veía a una persona estirar el brazo para alcanzar una manzana. Este fenómeno sugirió, desde el primer momento, que podía establecerse una relación importante entre cometer una acción y ver cometer una acción. El cerebro reacciona de manera similar en ambos casos. De repente, parecía posible entender la tendencia humana a la imitación y a la capacidad de “sentir con el otro”, como cuando uno ríe al ver reír. Rápidamente la literatura

científica se pobló con trabajos que utilizaban las neuronas espejo para explicar el comportamiento imitativo, el reconocimiento de emociones, la empatía, la comprensión y atribución de intenciones, e incluso, surgieron hipótesis que colocaban el origen del lenguaje verbal en la comunicación corporal. Por último, el trabajo del primatólogo Frans de Waal defiende la idea de que los pilares de la Ética consisten en dos características que también aparecen en otras especies sociales: la reciprocidad y la empatía. Ambas son indispensables para vivir en sociedad y contribuyen dramáticamente a dar razón de varios dilemas éticos que, con las herramientas modernas, son irresolubles. Baste aquí un ejemplo sencillo: el efecto distancia. Un hombre conduce su auto yendo a una fiesta. Se ha puesto un traje de diez mil pesos. Presencia un accidente de tránsito en el que otra persona resulta gravemente herida. La única posibilidad de salvarla consiste en llevarla en su auto a un hospital. Pero esto significa que arruinará su traje caro. La gran mayoría de las personas dirían que el hombre debería llevar al accidentado al hospital aunque arruine su traje, probablemente porque una vida humana vale más que cualquier traje. ¿Pero qué sucede cuando advertimos que el dinero invertido en el traje podría salvar la vida de diez niños inocentes que están muriendo de hambre en un país lejano? El contacto directo, cercano, físico, con quien sufre o está en peligro provoca el comportamiento ético inmediato. Las neuronas espejo reaccionan inmediatamente. La distancia, el desconocimiento, nos anestesia. La razón es puramente evolutiva. Nuestros organismos están preparados para producir respuestas automáticas ante experiencias directas. Pensar en aquel que está distante requiere de un enorme esfuerzo. Afortunadamente, podemos modificar nuestros cerebros para que, en el transcurso de las generaciones o de las manipulaciones genéticas, podamos desarrollar nuestra capacidad de pensar en el otro distante con mayor facilidad.

13. **Ética, moral y ciencia.** El científico, como científico y no solamente como ciudadano, está involucrado y comprometido con sus contextos. Ya no es admisible una Ciencia sin Ética. Sostener que la Ciencia es objetiva pero que la Ética es relativa al sujeto, a la época, la cultura, la sociedad, etc., significa concebir al científico como un psicópata al que sólo le interesa la verdad, y que el bien y la belleza son simples accesorios o recursos para seducir a la plebe. La utilización del “método científico” ya no garantiza impunidad. Más bien, impulsamos una ciencia que contribuya a vivir en armonía entre nosotros y con nuestro entorno natural y social. Necesitamos conocer, científicamente, la moralidad y la ética. Ya no puede haber caminos divergentes, uno hacia la verdad y otro hacia el bien.
14. **Desarrollo humano.** El ser humano ha sido estudiado en numerosas dimensiones y bajo muy diversos enfoques. Existen teorías del desarrollo biológico, psicológico, social, cultural, lingüístico, histórico, económico y muchas más, todas referidas al ser humano. Hablar del “desarrollo humano” a secas es, por lo menos, equívoco. Y afirmar que consiste en la integración, o la suma, de todos los desarrollos parciales es casi no decir nada. Similar confusión ocurre con las diferentes concepciones del desarrollo, es decir, si lo entendemos como progreso en etapas o estadios con un máximo ideal o alcanzable, si lo entendemos como la constatación de una transformación continua de la que no sabemos si lo que viene es mejor o peor, o si lo entendemos como evolución adaptativa en la cual, lo que sigue, siempre es mejor porque lo que no sigue ese proceso evolutivo termina desapareciendo. De esta manera, lo primero es preguntarnos qué es lo que se desarrolla, y lo segundo en qué consiste ese desarrollo. La primera, es una pregunta antropológica. La segunda depende, por un lado, de la respuesta que se dé a la primera,



y por otro, de la experiencia como especie y como individuos inmersos en una sociedad, en una cultura y con una historia.

15. **Ética y desarrollo humano.** Desde la perspectiva antropológica, el individuo no es prácticamente nada. El sujeto libre, independiente, autónomo de la modernidad ya no existe. Una madre con su hijo no son dos individuos entre los cuales existe un lazo invisible de amor y apego. El hijo es parte de su madre tanto cuando estaba en su vientre como cuando nace y se corta el cordón umbilical. La conexión umbilical es tan física como la conexión que se establece después del nacimiento. El daño al cuerpo del hijo es un daño al cuerpo de su madre. La unidad del sujeto en torno a un cuerpo ya no es sostenible. Esta es la transformación antropológica fundamental de estos tiempos. Los sujetos han dejado de estar delimitados por su piel. En razón de esto, necesitamos adaptar las teorías del desarrollo humano existentes a este nuevo paradigma, o reemplazarlas por nuevas concepciones. Para quede un poco más claro: quien elige y decide no es el individuo, sino el sujeto extendido en su red de relaciones con personas y objetos de su mundo de la vida; el que es feliz, nunca lo es en soledad; los deseos no se satisfacen individualmente; las cuestiones sobre la igualdad y la distribución ya no pueden plantearse como una cuestión entre individuos. El bien de la madre es el bien del hijo, y viceversa. Entonces, los sujetos de desarrollo, el ser humano, deja de estar representado por los individuos tomados uno a uno y diferenciados por los límites de su piel, y son reemplazados por sistemas de desarrollo en diferentes escalas. Estos sistemas no sólo incluyen las personas con las cuales se forman vínculos significativos, sino también a todos los elementos del entorno: las urbanizaciones, los paisajes, los recursos vitales, las herramientas, las prácticas y productos culturales y, sobre todo, las categorías de pensamiento. Constreñido por esta concepción antropológica, el desarrollo humano deja de constituir una categoría absoluta para convertirse en algo relativo a los sistemas de desarrollo. La madre y su hijo constituyen un sistema básico, fundamentalmente biológico, lo que no significa de ninguna manera que sea mecanicista ni que se elimine del análisis a la espiritualidad ni a otros fenómenos típicamente humanos. El bien y el mal, surgen de la comparación del sistema en el que estoy inmerso con otros sistemas.